



FUÉ un niño solitario y tímido. Nació en Rancagua, ciudad que acrecentó la enorme carga de soledad que me acompañó durante mi infancia y gran parte de mi adolescencia.

En aquel tiempo, Fernando había descubierto un juego maravilloso: hacer teatro. El escenario lo había convertido en un mundo escultórico; los actores eran monjes de una que le confesionaban sus hermanas. Pero, cuando trató de entusiasmar a sus amigos, sufrió una profunda decepción; ninguno se interesó por ese juego. ¿Dónde estaba el paco y el ladrón? ¿Dónde las demostraciones de fuerza? ¿Dónde el escalar árboles? Y se quedó solo, dramatizando con voz adolorida y doliente unos estrados libros. Luego su público fueron "las notas" testarudas de artistas cinematográficos que tralan las cajetillas de cigarrillos "Ideal". Tan pronto terminaba la función corría a redactar la crítica, para la cual utilizaba una imprenta de juguete con tipos de goma.

—Mi madre fue una amante feruosa del biógrafo, y mi padre, de las inevitables seriales, con sus héroes y heroínas en constante y semanal peligro. ¿Cómo discutíamos las posibilidades de salvación, o cuánto sufríamos con el drama desgarrador de esa pobre madre que ocultaba su nombre bajo el no menos melodramático de "La Mujer X"? Fue mi madre, también, una lectora indoligente de novelas por entregas, cuyos capítulos traía el cartero cada viernes con solemnidad de obispo en una dominical. "Alejandra... o el pecado de una madre" "Felicita o Reina", eran algunos de los folletines de la época que almacenaban mis noches, poblándolas de una humanidad en que la bondad, si bien era recompensada, llevaba previamente un pesado fardo de lágrimas y dolores.

Fernando fue un buen estudiante. Cada bimestre regresaba a casa cargado de medallas, cintas blanquiazules, estatuillas religiosas y diplomas de aplicación. Una tarde, vagando por las dormidas calles de Rancagua, entré a la librería "Colón", y burgando encontré una colección de libros cuya fama era algo mejor que la de los cancioneros; el ejemplar costaba un peso y veinte centavos. Era "La escena", colección con títulos fascinantes: "El Gavilán", "El mal que nos hacen" y, de pronto, "La Mujer X". Pero, ¿no era ese el nombre de la película recientemente tabernada, sufrida y soñada en medio de un hipocolectivo en el viejo cine "Apolo"?

—Tenía en mis manos, por vez primera, una obra teatral cuya posesión y lectura transformaron por completo mi manera de sentir y de pensar.

Cada semana, primero, cada día, después, compraba más y más de estos libros. Mucho tiempo más tarde el dueño le confesó que "lo había librado de un buen chico". Hasta que un día descubrí un libro que lo sumergió en el mundo alucinante de la poesía; era "Bodas de Sangre", de García Lorca.

—Consciente de que esta vez mi lectura era distinta y podía con ella desmenubar a mis compañeros y profesores, le dije con orgullo al colegiar los libros. Maristas, de Rancagua. Mi profesor de literatura, al verlo, alzó su índice acusador, relampaguearon sus pupilas azules, y con voz condenatoria me gritó: "¡Mala, te vas a condenar!"

Fernando tenía nueve años cuando escribió su primera obra teatral: cinco páginas de cuaderno.

—Se la leí a mi madre y ella me quedó mirando con una bondad que



Fernando Cuadra

Por MARIO CRUZ

ella se repitió cuando lo hizo la vez postrera: sonrió y me dijo: "Es bonito".

Y de súbito, el dolor, la quiebra de su hogar y la evolución increíble de su madre; de criatura trágica a mujer energética, decidida a defender la felicidad de su hijo. Luego del funeral del padre, con voz serena, sin demostraciones, le dijo: "Se terminaron los papitos. No quiero que más tarde nadie les diga: 'gracias a mi estudiante'. Yo los educaré. Ahora ustedes al colegio y yo a trabajar".

A los quince años, Fernando creó haber escrito la obra definitiva: "La Señorita Gómez y el mar", y seipso de su evidente genialidad se la entregó a su profesor de literatura. Recibió el veredicto tembloroso.

—¿Qué pretende, Cuadra, con esto? Mira, usted nunca podrá escribir; ni medianamente bien una carta.

Y tuvo razón. Todavía no es capaz de escribir una carta pasable. En 1943 ganó el Premio de Teatro Experimental con su tragedia "Las Medusas", a poco tiempo volvió a triunfar con "Las morallas de Jerico".

—Fue una de las fracasos más

rebotados y definitivos del teatro; de entonces, ¿cómo me despidieron los críticos? ¿Cómo se burlaron los cronistas? (Con que ¡había un miraban algunos de los que se habían estrenado...!) Y la obra no era mala. No la he releída. Tiene los defectos naturales e inevitables de todo autor joven; demasiada ambición, demasiada profusión y divagación en la estructura y en la psicología; demasiada y dolorosa heroína. No; no era mala. Fueron malos su director, su vestuario, la escenografía, la música rapitada a un ritmo inglés rayado y laramadante. No fue un estreno; fue la más violenta y concienziata masacre que se podía hacer con una obra nacional. Pero seguí escribiendo. El aguijón y el león que mi madre había puesto en mí, no lo abalfaba ese primer y rotundo fracaso.

Cuadra es nervioso, apasionado, metódico, vagabundo, y hogareño. Confiesa que muchas veces se ha quedado solo, desalentado, casi enfermo de traición y vaciedad, pero que nunca ha perdido el optimismo, la fe en el hombre. Antes de escribir necesita examinar sin rumbo fijo. Cuando ha determinado el lugar en que vivirá

sus personajes se dirige hasta allí para impregnarse del ambiente, los ruidos, el olor; y lo hace a las más diferentes horas. Las actividades de Cuadra son muchas y es milagroso que el día le permita hacer tantas cosas. Es profesor en el Internado Nacional Barros Arana, corrige pruebas, ensaya y realiza funciones con su grupo teatral "Arlequín"; está adaptando para la compañía de Américo Vargas, la novela "Los últimos días", de Fernando Rivas, convierte en guión cinematográfico su obra "El Andamio", los viernes, durante dos horas le hace clases de literatura a la actriz Pury Durante; le queda tiempo para leer —posee una biblioteca con dos mil volúmenes— y "si pudiera iría todos los días al cine". También se preocupa de "Nicasio", el perro regalado de la familia, y de los cantares pajaritos que le conservan el campo en la ciudad. Sólo le falta ser noctámbulo; siente un gran respoite por los transeúntes: "son unos héroes". Es profesor hace catorce años y ha faltado apenas tres días "para operarme". Nunca le han felicitado por tal record.

Cuadra tiene 40 años. "Soy más joven que Vittorio Gassman" —aclara con cierta coquetería—, y luego nos cuenta que tan pronto estrenaron la primera película de "Los Rosillos" corrió con su sobrina a verla, "porque un profesor debe estar al día en todo". Y cuando sus alumnos le preguntaron qué opinaba de los cantantes, "Son estupendos", respondió con entusiasmo. Cuando habla de teatro, sus opiniones son categóricas: Pienso que resta muy poco del andar, magnifico y revolucionario Teatro Experimental, hoy convertido en un señor burócrata con nombre de jubilado: Instituto del Teatro; que este no ha sido capaz de aumentar el escaso público teatral y que en apoyo a los dramaturgos nacionales es infimo, discutible y nunca de acuerdo a sus posibilidades.

Fernando Cuadra es autor de veinte obras de teatro; le han estrenado diez. Recientemente ganó el primer premio del concurso de la SATC (Sociedad de Autores Teatrales de Chile) con "La Nita", un drama que impresionó en tal forma al jurado que decidió aumentar el premio de quinientos a setecientos escudos. Cuenta la historia de una adolescente malhada por el cine erótico y los idiotas perturbadores que ofrecen la radio y las revistas. La acción ocurre en el barrio Estación Central, el mismo en que vive Cuadra. Tal vez el lugar excite sea Mifecena con Erasmo Escala, "con sus puestos de frutas, habiles equivocados, caías de zetas y el ruido de los machos parajes en donde desahellan autobuses". En una obra amarga, cruda. En ella la muchachita, conculada a un chofer, a un hombre caído; luego de una relación íntima, éste le pregunta: "¿Me quieres?"; y ella responde: "Yo no he venido a querer sino a saber". Eso da una idea del vigor con que Fernando Cuadra enfrenta la realidad.

—Pero ya creo profunda, íntima, dolorosamente en el ser humano, con todas sus posibilidades e imperfecciones; y pienso que ha de llegar el momento en que el hombre sepa realmente para qué y por qué vive. El teatro para mí, es el más recto sentido del caballo, es y debe ser moral, profundamente moral. Rechazo con vigor el concepto del arte por el arte, y acepto el teatro como definición de una realidad que es preciso mejorar... ¿Explicación estos hechos mi obra teatral?... ¿Significaré algo en la evolución de nuestro teatro? No lo sé, pero cuando yo también parta "desmenuado como los hijos de la mar", ojalá se me recuerde diciendo: "¡Intentó hacer algo!"

Fernando Cuadra [artículo] Mario Cruz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cruz, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fernando Cuadra [artículo] Mario Cruz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile